

El teléfono me sobresaltó. Quizás era un cliente, y yo necesitaba un cliente. O dos, para tener almuerzo y cena asegurados por un tiempo.

—Hola —dije tratando de parecer un hombre con el estómago lleno.

—¿El señor Emilio Magnífico? —por la voz, era una mujer; mi instinto y mis sentidos me lo confirmaban.

—No soy otro.

—¿Es usted?

—Usted lo ha dicho. Soy yo.

Y ella entonces lloró del otro lado de la línea. No era la primera vez que una mujer me llamaba y, de inmediato, se ponía a llorar. Sé muy bien lo que hacer en esos casos: ofrezco un pañuelo. Pero es un gesto inútil, simbólico para una conversación a distancia.

—¡Mimarido... mima... rido no volvió a ca... sa! ¡Para mí que está muerto!

—Tranquilícese, no lo creo.

—¿No cree qué?

—Que esté... muerto, que...

—¿Y cómo lo sabe, cómo?

—Bueno, bueno, bueno. Hay otras opciones. Acaso...

—¿Qué quiere decir? ¿Que se fue con otra? —preguntó y, sin esperar respuesta de mi parte, exclamó de manera incontenible—: ¡Sefueconotraymedejósola!

La conversación se volvió desprolija, pero ella terminó por reponerse.

—Perdóneme, Emilio... Ya estoy mejor. El sargento Jones, del Departamento de Personas Que No Regresan, me dio sus datos y sé que es un investigador extraordinario.

—¿Eso le dijo el sargento?

Jones solía divertirse con mi apellido. Tenía la costumbre de decirme: «He aquí un investigador extraordinario, Magnífico». Pero la señora se lo había tomado literalmente.

—¿Por qué? ¿Dudadesímismo? ¡Necesito un investigador extraordinario!

Yo necesitaba trabajo, así que la calmé.

—Lo soy.

—¿Qué es? —me apuró ella.

—No soy extraordinario, pero sí Magnífico —respondí, y no mentía.

—Gracias, doctor —me dijo aliviada.

—No soy doctor, solo Magnífico —aclaré.

—Ay, Emilio, disculpe... Estoy tan mal. Le cuento que mi marido fue a pescar la otra noche y no volvió. La policía no encontró nada, ninguna pista.

—¿Desde cuándo él no está en casa?

—Hace... casi un mes... ¡Casiunmes! —respondió ella.

—¿Él es pescador?



—No, es artesano. Tenemos un puesto en Plaza Francia. Pero es fanático de la pesca deportiva.

Un nuevo acceso de llanto derrumbó la conversación telefónica. Entonces me rogó que fuera a su puesto en la plaza esa misma tarde, para conversar más tranquilos. Y eso hice.